

La Córdoba-Babilonia de Luis de Tejeda

Mireya Camurati

En las historias de la literatura, el nombre de Luis de Tejeda (1604-1680) se califica —o justifica— al designarlo como el primer poeta nacido en territorio argentino. Su obra se ha conservado en forma incompleta y desordenada tal como aparece en dos códices básicos. El primero, manuscrito original de Tejeda, lleva el título de *Libro de varios tratados, y noticias, escrito por el Reverendo Padre Fray Luis de Tejeda*. El segundo, *Colección de varias poesías sueltas de Don Luis José de Tejeda y Guzmán*, forma parte de un manuscrito original de fines del siglo XVIII en el que un autor anónimo escribe un *Ensayo sobre la genealogía de los Tejedas de Córdoba del Tucumán*. En este ensayo, como apéndice a la vida de Luis de Tejeda y precedidas por el título antes mencionado, el ignorado genealogista transcribe las composiciones poéticas que habían llegado a sus manos (Martínez Paz LII). La primera parte de este texto se titula «El Peregrino en Babilonia».

Las diferencias entre los que llamaremos «Códice I» y «Códice II» son significativas no sólo porque el primero incluye textos en prosa y verso mientras que el segundo sólo presenta las obras líricas, sino específicamente en cuanto al ordenamiento de estas últimas.

En su manuscrito (Códice I), Tejeda muestra el intento devoto de cantar a la Santísima Virgen. Así, comienza con poemas al misterio de la Inmaculada Concepción, a la genealogía de José, esposo de María (en «El árbol de Judá»), y a José y María (en «El Fénix de amor»). Luego, con aún más profundo fervor mariano, Tejeda se encamina a ilustrar poéticamente los misterios del Santo Rosario, primero los gozosos, y luego los dolorosos (si escribió textos correspondientes al tercer grupo de misterios gloriosos, los mismos no se han conservado aquí). Entremezclada con estos versos devotos, Tejeda anota una suerte de autobiografía confesional en la que se identifica como «El Peregrino en Babilonia».

Fiel a su intento de historiar la vida y hechos de los Tejedas, el genealogista del «Códice II» se interesa más por los versos autobiográficos que por los piadosos, y así reúne al comienzo los que corresponden a «El Peregrino en Babilonia» y deja para el final el grupo de poesías estrictamente reli-

giosas. De las ediciones de la obra de Tejeda que hemos consultado, la publicada por Ricardo Rojas en 1916, *El Peregrino en Babilonia y otros poemas* (Buenos Aires: La Facultad) procede de una copia del «Código II». Las que estuvieron a cargo de Enrique Martínez Paz y Pablo Cabrera (*Coronas líricas. Prosa y verso*, Córdoba, Argentina: Bautista Cubas, 1917), y de Jorge M. Furt (*Libro de varios tratados y noticias*, Buenos Aires: Coni, 1947) se basan en el «Código I» aunque lo complementan con consultas al «Código II»¹.

Para los propósitos de este estudio, y como hizo el genealogista, centraremos nuestra atención en las secciones autobiográficas. Aunque el valor poético de los textos de Tejeda es mediano si no mediocre, el interés testimonial de muchas de estas páginas es considerable. A través de su lectura es posible formarse una imagen cierta de la Córdoba natal no sólo en su emplazamiento físico sino, más importante, en las estructuras y tipos sociales. Luis de Tejeda, protagonista de los relatos de *El peregrino en Babilonia*, ocupó también posiciones protagónicas en la sociedad cordobesa del siglo XVII. Como sus antepasados, fue señor de feudos y encomiendas, soldado, negociante y funcionario. También, como muchos, amante sensual y adúltero quien en la madurez se acoge al convento en busca de perdón y reposo. Sobre estas bases, su particular visión de hechos y circunstancias, la manera en que evalúa y jerarquiza méritos y culpas, contribuyen a enriquecer las por lo general escuetas versiones históricas.

La ciudad argentina de Córdoba fue fundada en 1573 por don Jerónimo Luis de Cabrera, caballero de noble abolengo, entonces gobernador y capitán general de las provincias del Tucumán (Udaondo 193-94). Cabrera había servido a la corona en las tumultuosas luchas de los encomenderos en el Perú y, afincado en el Cuzco, se distinguió tanto en campañas de conquista territorial como en el desempeño de cargos de gobierno. Como dato curioso aunque anecdótico digamos que Jerónimo Luis de Cabrera se había casado con doña Luisa Martel de los Ríos, viuda del capitán Garcilaso de la Vega Vargas y por esto madrastra de Garcilaso Inca. Aunque los cronistas e historiadores coinciden en alabar al fundador de Córdoba por su carácter humanitario y buenas cualidades de gobernante, Cabrera, como muchos otros en estas épocas y circunstancias turbulentas, cayó víctima de rivalidades y violencias en este caso personificadas en la figura de su suce-

¹ Para una información bibliográfica más completa, ver la sección IV, «Antecedentes-Bibliografía-Notas» de la introducción de Enrique Martínez Paz a *Coronas líricas por Luis José de Tejeda* (L-LV), y «Textos manuscritos e impresos» en *Libro de varios tratados y noticias por Luis de Tejeda, Lección y notas de Jorge M. Furt* (305).

sor en la gobernación del Tucumán, Gonzalo de Abreu. Este, en 1574 juzga y hace ajusticiar a Cabrera².

El acta de fundación de la ciudad de Córdoba aporta datos interesantes. A la invocación inicial a la Santísima Trinidad, la Virgen, y el Apóstol Santiago, le sigue la precisión de la fecha y lugar del emplazamiento. Se indica que la nueva ciudad está asentada «cerca del río que los indios llaman de Suquia y el dicho señor gobernador le ha nombrado de San Joan por llegar a él en su día» (Levillier 207). Enseguida se exalta la conveniencia de fundar villas en comarcas fértiles, con ríos que las comuniquen con puertos de mar, condiciones éstas que la Corona dejará codificadas en la *Recopilación de Leyes de Indias*³. Luego viene la ceremonia tradicional en la que el fundador manda poner «un árbol sin rama ni hoja, con tres gajos, por rollo e picota» (Levillier 208). Y por fin, la toma de posesión de la ciudad en nombre del Rey con la pregunta irrecusable: «¿Hay alguno o algunas personas de los que están presentes, que me contradigan lo susodicho?» (Levillier 208). Entre los que por supuesto no lo contradijeron, y sirvieron de testigos de la fundación figura entre los primeros Hernán Mexía Mirabal, que será el bisabuelo de Luis de Tejeda. Este Mexía Mirabal era uno de los veteranos conquistadores del Tucumán y, según parece, hombre afa-ble a quien recurrían Cabrera y otros gobernantes para encomendarle misiones delicadas. Además, tuvo sus hijos en una india santiagueña lo que, al decir de un crítico, «denota por lo menos un desprejuicio tempranamente insólito» (Furt ix). Una de estas hijas, Leonor, va a casar con Tristán de Tejeda, conmlitón del padre y quien también había llegado al Tucumán con Jerónimo Luis de Cabrera. De este abuelo Tejeda se sabe que era arrojado y activo en las luchas contra los indios, y que ocupó cargos importantes en la gobernación y en la ciudad de Córdoba. Pero también se lo pinta como ambicioso, y «desalmado» al proponer que se apremie a los indios con castigos (Furt viii). Parecería ser hombre siempre dispuesto a la aventura, y tal vez no fue casual que en 1578 el gobernador Abreu lo nombrara «capitán para la jornada de descubrimiento de los Césares o Trapalanda» (Udaondo 873), esa utopía de «la ciudad en que los Césares indígenas almacenaban metales y piedras preciosas, elixires de eterna juventud, mujeres hermosas», al decir de Ezequiel Martínez Estrada (14).

² *La historia se repetirá a los pocos años. Hernando de Lerma, quien reemplaza a Abreu como gobernador, lo hace apresar, lo somete a torturas y, finalmente, le da muerte (Abad de Santillán 130).*

³ «Porque será de mucha conveniencia, que se funden los Pueblos cerca de Ríos navegables, para que tengan mejor tragin y comercio, como los marítimos». Libro IV, Título VII. Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias, 20.

Siguiendo con el linaje de don Luis, llegamos al padre, Juan de Tejada Mirabal, también militar, funcionario y encomendero, además de próspero comerciante y, según sus biógrafos, distinguido como hombre devoto (Udaondo 874). Esta disposición pudo haberse acentuado por su casamiento con María de Guzmán, hija de don Pablo de Guzmán, hidalgo supuestamente emparentado con Teresa de Ávila. En relación con la santa hay un episodio que Tejada relata en los versos del *Peregrino* (106-110). Ocurrió que el abuelo Guzmán había traído de España una imagen de santa Teresa para dedicarle una capilla en la iglesia de la compañía de Jesús, y mientras se prepara la construcción la deja en un oratorio en casa del yerno Juan de Tejada. Es entonces cuando María Magdalena, una hija niña aún de don Juan (y hermana de Luis, el poeta) enferma y muere. El padre ruega a la santa que le devuelva la vida y le ofrece construir un monasterio donde la hija profesará como carmelita. Por dos veces se cumple el milagro de la resurrección y, según los versos del *Peregrino*, la niña «A la divina Teresa / su virginidad consagra / y a su padre le agradece / la fundación de su casa» (110)⁴. Este hecho es importante no sólo porque Luis de Tejada por herencia paterna tuvo que mantener el patronato del convento de carmelitas así fundado, o porque entre sus obras se ha conservado una «Canción sáfica a Santa Teresa de Jesús en el día en que se fundó su monasterio de esta ciudad de Córdoba», y una «Relación» en prosa de esa fundación, sino por la posible influencia que Teresa de Ávila, la escritora, haya podido ejercer sobre el poeta.

De la lectura de la obra de Tejada, de los comentarios de sus contemporáneos y de lo que anota el anónimo genealogista, se desprende que su dedicación a las obras del monasterio y su devoción por la orden de los carmelitas y la figura de su reformadora eran profundas. Esto casi certifica una familiaridad de Tejada con los escritos de la santa de Ávila. Pensamos especialmente en el *Libro de la vida* en cuyas primeras líneas Teresa exalta el beneficio de tener «padres virtuosos y temerosos de Dios» (119), para pasar enseguida a hablar de sus hermanos, en especial de aquel casi de su edad, compañero en las lecturas de vidas de santos y, seguramente también de libros de caballerías. Este es Rodrigo de Cepeda y Ahumada, el hermano predilecto. Cuando niños, Teresa y Rodrigo deciden ir «a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios para que allá nos descabezasen», según

⁴ Las transcripciones de los textos de Tejada son copia literal de como aparecían en la edición utilizada: *El Peregrino en Babilonia y otros poemas*, Ed. Ricardo Rojas, Buenos Aires: La Facultad, 1916. No modernizamos ni corregimos la ortografía ni la puntuación las que presentan numerosos y serios errores, muchos de ellos atribuibles al copista del siglo XVIII.

anota la santa en el *Libro de la vida* (121). Ya mozo, Rodrigo es uno de los hermanos de santa Teresa que pasa a América. Integró la expedición del adelantado don Pedro de Mendoza, primer fundador de Buenos Aires, y murió en las Indias. Sin duda, estos textos teresianos, con las referencias al hogar piadoso, a los deseos aventureros y a las epopeyas reales o imaginarias de santos y caballeros, debían despertar gratas resonancias en Luis de Tejada. Él también creció bajo la tutela de padres devotos y buenos maestros: «La crianza de mis padres / exemplar como cristiana / y en letras como en virtudes / de mis Maestros la enseñanza / Claros Nortes eran ya / que al sumo bien me guiaban» (Tejada 87). Y recuerda las «honestas diversiones» que le proporcionaban «los libros libres amigos / que dicen verdades claras» (Tejada 90). También, en largas páginas de su autobiografía poética Tejada anota las aventuras con los hermanos Gabriel y Gregorio (Garcindo y Gerardo en los versos del *Peregrino*), no de arrebató religioso y heroico como las soñadas por Teresa y Rodrigo, sino las reales de la pasión amorosa. Por último, Luis de Tejada debía sentirse muy afín con ese Rodrigo de Cepeda quien, como él, había participado en las luchas de la conquista y colonización. Hay todavía otros párrafos del *Libro de la vida* que creemos significativos en su influencia sobre Tejada. Son aquéllos en que Teresa se declara «muy aficionada a San Agustín... por haber sido pecador, que en los santos que después de serlo el Señor tornó a Sí, hallaba yo mucho consuelo» (180). Es claro que el libro de las *Confesiones*, al que aquí se refiere Teresa, era y es modelo del género autobiográfico, y que para darse a su lectura Tejada no debió necesitar otras incitaciones que las de su propio interés. Sin embargo, creemos que no es errado suponer que los comentarios de la Santa deben haberlo animado a la lectura —o relectura— de los textos del obispo de Hipona. Estos nos llevan ya a centrarnos en el tema de la Córdoba / Babilonia de Luis de Tejada.

En el Libro Segundo, Capítulo III de las *Confesiones*, San Agustín recuerda amores pecaminosos, y exclama: «He aquí con qué compañeros recorría yo las plazas de Babilonia y me revolcaba en su cieno, como en cinamomo y ungüentos preciosos» (117). Ya en la primera estrofa del *Peregrino*, Tejada se refiere a Córdoba como «La ciudad de Babilonia / aquella confusa Patria, / encanto de mis sentidos, / laberinto de mi alma;» (83). Las menciones a esta Patria pecadora se suceden a lo largo de todo el texto. Así, pregunta a la Babilonia enemiga: «de tus casas, calles plazas / ¿qué rincón hay que no sea / testigo que me amenaza?» (91). En sus calles se abren «los Burdeles de Chipre» (91); en sus plazas cautivan «Las circes encantadoras» (116). Babilonia lo tiene «cautivo en su ciega Monarquía» (185), en donde viste «el traje corruptible inmundo... / de locas vanidades» (188).